

Hay el mundo que acepta sus diferencias

Y cuando ven un europeo se acoran listos

Y cuando ven un árabe lo tachan de terrorista

Hay el mundo que acepta las diferencias

Negro, blanco, rojo y amarillo, así un niño empieza a odiar el color de su piel

Alto, bajo, gordo y delgado eso me significa nada

Hay el mundo que acepta las diferencias

Hinduismo, cristianismo, islam y judaísmo

La religión me tiene mudo que ver contigo

Hay el mundo que acepta las diferencias

Mujer o hombre el género me impresente

Por que todas somos capaces

Hay el mundo que acepta las diferencias

Y utilizan para insultar a quienes odian

~~Ku:~~

Kostas
Halkal

LAS COSAS DE NUESTRA GENERACIÓN

Todos me definen como una persona alegre, optimista y que siempre tiene una sonrisa en la cara, aunque ¿por qué no? Yo pienso que es la mejor manera de afrontar la vida. Todos hemos tenido momentos tristes, y es normal, pero si a eso le sumas el no querer nada, yo creo que vas a estar peor que si dibujas una sonrisa, aunque cueste, vas a recibir mejor la vida que estando triste o enfadado.

De hecho, cuando en algún momento estoy serio, se piensan que me pasa algo. Soy como un punto y aparte en esta generación, mientras todos siguen la moda de hoy en día yo me visto como me da la gana, y mientras todos escuchan la música de hoy en día yo, escucho música de los 90 o de hace unos años, y no me siento mal por eso ni me importa que la gente me diga cualquier cosa.

Un problema que tiene esta generación es la valentía y el poco amor que se tiene a uno mismo. Las personas ya no se ponen lo que quieren por el famoso “que dirán” y considero que eso es un gran problema de nuestra actual sociedad. También pasa con las relaciones, no se quieren, es más por decir, pues “yo tengo pareja o salgo con tal persona”. Al fin y al cabo, ¿qué es el mundo sin una pizca de amor?

Personalmente pienso que nada.

El respeto es algo que ya no resalta tanto, seas negro, gay, trans, extranjero y diría mujer, pero es que ya siendo hombre estamos igual, la gente por eso te falta el respeto o hacen chistes fuera de lugar sin pensar en esa persona. Me pregunto dónde quedaron los valores de antes, donde están esas personas que le das algo y te dicen “gracias”, dónde están esas personas que aunque no les guste la música que escuchas no te dice nada, dónde están esas personas que simplemente tenían educación. No quiero decir que no le queden valores a nadie, pero cada vez ese porcentaje se va multiplicando mientras que gente como nosotros vamos restando.

Yo soy una persona que se fija muchos en los detalles, que se da cuenta de todo lo que pasa y de lo que no pasa, como dije antes, yo siempre estoy con una sonrisa, pero es que hay gente que te quita las ganas de tenerla, gente que solo está aquí para molestar ¿Por qué tenemos que ser así? La gente tiene tantas ganas de ser odiada que la verdad yo no lo comprendo. Recuerdo cuando mi madre ponía la radio y el coche y me ponía canciones de los 80, 90 y yo las cantaba como si estuviera en esa, y estoy hablando del 2012 o por ahí. Y ahora van con los altavoces escuchando música que aunque todas las canciones hablen de lo mismo ninguna se entiende.

Hoy en día poca gente muestra interés en los estudios, “¿que suspendo? pues suspendo, qué más da” y da pena ver cómo poco a poco la juventud tiene menos motivación por las cosas.

Volviendo al tema del respeto, no solo la gente falta el respeto por todo, también es el poco respeto que se tiene una persona a sí misma. Con el tema de las redes sociales, la gente subiendo cosas despreciando su cuerpo, y pienso que en parte es culpa de la sociedad, está todo tan idealizado con el cuerpo perfecto, que la gente solo piensa en eso, cuando hay muchas cosas que valen más que un cuerpo, pero hoy en día lo único que importa es lo que se ve por fuera.

Y el tema de las redes sociales, de las cámaras, que vas a un concierto y la gente está más pendiente de cómo se ve en la pantalla del móvil que de disfrutar, cuando antiguamente ibas a un concierto de Estopa y se escuchaba más a la gente que al propio artista.

Es normal que las cosas cambien, pasan los años y es normal que las cosas vayan cambiando, pero hemos pasado de una época de buena música, buena gente, buena cultura, etc. A todo lo que he mencionado anteriormente, ojalá y las cosas cambien un poco, porque si no, no sé que nos deparara el futuro a esta generación.

Amor en lo no normal

En la habitación solo se escuchaban los pequeños jadeos descontrolados de la chica de rizos. Las lágrimas caían por sus mejillas, y en su cabeza solo se oían las palabras de su madre, las cuales hacían todo tipo de referencias negativas hacia su físico y su persona. Mantenía sus ojos cerrados fuertemente, negándose a mirar al espejo frente a ella, ya que solo vería lo horrible que era. Aun así, no podía evitar abrirlos de vez en cuando, viendo su reflejo. Se veía de rodillas en el suelo, con sus brazos llenos de cicatrices y su cara mojada. Tenía grandes ojeras bajo sus ojos avellanados y la mejilla izquierda roja de un golpe que se había dado ella misma. Además, su cabello ondulado que llegaba hasta poco más arriba de sus hombros estaba más desordenado de lo que ya lo solía tener, y la poca luz que salía de la lamparita de su escritorio hacía resaltar el rubio del mismo. Si se fijaba en su físico, podía encontrar una gran variedad de cosas que no le agradaban, como sus pequeños pechos, ya algo crecidos por las hormonas, los rollitos de grasa formados en su barriga, sus grandes manos, y, sobretodo, el bulto que se marcaba bajo aquellas bragas rosas que ella misma había comprado. ¿Pero acaso ella lo había elegido? ¿Por qué debía ser odiada? ¿Por qué debía odiarse? Esas cuestiones solo la hacían llenarse aún más por una ira que debía sacar, y, nuevamente, volvió a golpear su odioso cuerpo.

Para cuando el calor del mediodía se había ido por la brisa agradable de la tarde, decidió que iría a su lugar seguro; la biblioteca. Vestía una bonita falda negra de volantes que llegaba hasta la mitad de sus muslos, por donde iba remetida una camisa blanca lisa. Notaba las miradas en ella con cada paso que daba, pero ya se había hecho costumbre, cosa que no quitaba que la afectara de forma inconsciente. El trayecto de su casa a la biblioteca de su pueblo no era más de diez minutos, aunque sí que tenía que pasar por la plaza, que, a estas horas, estaba repleta de gente aprovechando el buen tiempo.

El olor al incienso de jazmín que solía poner Marilo llegó a ella nada mas paso la puerta del lugar, logrando sacar una pequeña sonrisa de parte de la rubia ante aquella agradable sensación de hogar que recorrió su cuerpo en instantes. No tardó demasiado en encontrar a la mujer, quien se hallaba ordenando unos libros de la sección de libros locales.

-¿Algún libro nuevo que merezca la pena leer por esta sección?-Ante su dulce voz, la mujer no tardó en darse la vuelta, abriendo sus ojos y sonriendo con entusiasmo ante la presencia de la muchacha.

-¡Qué alegría tenerte por aquí, Lucía!-Los brazos de la mujer no tardaron en rodear el cuerpo de la joven en un gran abrazo.-Araceli estuvo preguntando por ti, ya sabes, eres como la hija que nunca hemos podido tener.-Esas palabras, seguidas por un apretón en la mejilla de la rubia, hicieron que la misma dejara salir una risa que encubría la emoción que sentía por las palabras de la bibliotecaria.

-Y vosotras sabéis que sois como las madres que siempre quise tener.-Y no mentía, amaba a la pareja como si fueran sus madres, y cuánto deseaba que realmente lo fueran. Ellas si la entendían y no la juzgaban, y, seguramente, todo sería más fácil con ellas a su lado como figuras maternas.-¿Qué tal os va todo?-

-Estupendamente, cariño. Y lo siento por no poder hablar más contigo ahora mismo. En cuanto pueda te doy un toque y te invito a un café.-

-Sin problema, Marilo. Que vaya bien el trabajo.-Y, tras una sonrisa llena de cariño por parte de ambas, cada una fue a seguir con lo suyo.

La joven volvió a emprender su camino en busca de aquel preciado libro que llevaba tiempo esperando a ver si quedaba libre para ella tomarlo. Ya se sabía el camino de memoria de la de veces que había tenido que ir a buscarlo, para terminar sin encontrarlo. No entendía en qué momento la gente se había vuelto tan entusiasta de aquellas lecturas, con lo inculta que era la sociedad de hoy en día. Aunque, para incultos, aquellos que habían decidido poner tal libro en la sección de novelas, sección a la que iba, claro.

Trono sus dedos una vez llegó a su destino, frenando en seco entre las dos estanterías repletas de libros de todo tipo. Tras dirigir su mirada de izquierda a derecha, optó por mirar primero en la estantería de su izquierda. Pasaba su mirada y su dedo índice por cada libro, parándose a mirar algunos que llegaban a interesarla, y otros que le causaban arcadas de lo malos que eran. Para cuando iba a empezar a mirar por la derecha, se dio cuenta de la presencia de un chico a unos pasos de ella. Era más bajo por una cabeza, con el cabello al estilo mohicano, negro y rizado, vestía una camiseta de tirantes negra bastante ancha, unos pantalones bombachos burdeos y una riñonera también negra que colgaba de su hombro izquierdo y terminaba en su costado derecho. Una de sus cejas se elevó, junto con el pensamiento de que aquel chico posiblemente era uno más de los barrios malos del pueblo, lo que hacía que se confundiese. Nunca había visto a uno de ellos en aquel lugar. Más le sorprendió cuando vio el libro que tenía en sus manos, aquel libro que había estado esperando poder coger desde hacía semanas; “Las penas del joven Werther”.

No supo en qué momento el chico se había dado cuenta de su presencia hasta que este tendió el libro hacia ella. Ahora su mirada había pasado del libro al pelinegro, sonrojándose ante aquella sonrisa amable que le estaba dedicando. Su cara parecía ser completamente suave, sin ningún vello en la misma, con forma ovalada, la mandíbula algo marcada y los ojos grandes de color marrón oscuro, prácticamente negros, que resaltaban por el moreno de su piel.

-¿Lo vas a querer?-Las palabras del joven hicieron que volviera en sí, viendo como este giraba su cuerpo hacia ella, aun con el libro tendido en su dirección.

-Pero...lo has cogido tu.-

-Y yo te lo estoy ofreciendo a ti.-La sonrisa radiante de aquel muchacho estaba haciendo que su corazón se acelerase. Hizo el amago de volver a hablar, pensando en rechazarlo, pero no le dio tiempo antes de que él se le adelantara.-Vamos, se ve que realmente lo quieres. Yo ya lo he leído, es un gran libro. Me gustaría poder tener a quien dedicarle palabras tan bonitas como las que expresa el personaje.-Los ojos de la rubia se iluminaron ante aquellas palabras.

-Oh, no esperaba que realmente te gustaran estas lecturas. Pensé que estabas simplemente viendo.-

-¿Lo dices por mi apariencia?-La cara de la chica se puso completamente colorada por la vergüenza. Tal vez sí que había juzgado de mala forma a aquel chico solo por su apariencia. Empezó entonces a balbucear ante el nerviosismo, en un intento de encontrar las palabras para arreglar aquel desastre. ¿Cómo se supone que le iba a interesar ahora? Bueno, como si fuera a hacerlo. Él era un chico guapo, y ella...solo era alguien horrible. Sus pensamientos fueron interrumpidos por la risa del chico, al cual tuvo que mandar a callar al estar en la

biblioteca. Este tan solo llevo una de sus manos a su boca para ahogar las risas, y, tras unos segundos, volvió a mirarla.-Estoy de broma, no me gusta este tipo de lectura. Solo trataba de hacerme el intelectual para coquetear contigo y que aceptes ir a tomar algo, pero no aguantaba más. Tendrías que haberte visto, con la cara roja estas aún más mona.-Y sus risas siguieron, dejando a la chica aún más sin palabras.

Y así fue como conoció a Manuel, aquel chico bajito y risueño que había logrado robarle el corazón en unos simples minutos. Durante un mes, se estuvieron viendo de forma recurrente. Lucia descubrió que Manuel realmente era de aquel barrio que ella pensaba, aunque sabía que había sido erróneo pensar así de primeras, por lo que aquello no la echó para atrás a la hora de conocerle. También descubrió que tenían muchas diferencias, pero, a pesar de eso, cada vez estaban más unidos y tenían más sentimientos mutuos que salieron a la luz con el primer beso, tras una visita al museo de artes de la ciudad. Tras esa primera muestra, muchas otras vinieron detrás. Al chico le encantaba llenar a besos a la chica, y le coqueteaba todo lo que podía, y ella solía avergonzarse, mas no le molestaba. Aun así, ella nunca consiguió encontrar el momento de revelar su gran secreto, y es que tenía miedo. No quería ser rechazada y perder todo lo bueno que estaba logrando junto aquel chico que había ganado su corazón a base de amor puro, pero, si quería un futuro con él, debía decirle sobre su verdadero yo. Y ese momento llegó. Ahora estaba sentada frente a él, ambos sobre la cama del pelinegro. Mantenía su cabeza gacha, con muchos sentimientos encontrados en su interior. Podía notar la cara confusa del chico tras que la chica hubiera cortado aquellos besos algo más subidos de tonos con las palabras “necesito decirte algo antes”. Ahora jugaba de forma nerviosa con sus manos mientras trataba de encontrar las palabras correctas para decir aquello. Fue entonces cuando el joven colocó una de sus manos sobre las de ella, y, con su pulgar, acarició el torso de una de ellas dulcemente. Tras un suspiro y unos segundos más de silencio, abrió su boca para empezar a hablar.

-Yo...yo no soy una chica como las que tu conoces.-Murmuró. Las lágrimas habían empezado a formarse en sus ojos por la angustia que sentía en ese momento.

-¿Tratas de decirme que eres una chica trans?-Aquella pregunta golpeó a la chica de forma directa. Fue entonces cuando elevó su cabeza de forma brusca, con sus ojos completamente abiertos por la sorpresa, y se encontró con la mirada calmada de parte de Manuel.-Al principio lo pensé, pero se que eso es algo personal tuyo que debías decirme. Entiendo tu miedo, pero yo no te juzgo, cariño.-La mano libre del chico se puso ahora en la mejilla ajena, por la cual había caído una lágrima.-Te quiero tal cual como eres, y lo haré siempre.-

-Pero...¿cómo querías a alguien como yo?-Su voz estaba ahora rota, y sus ojos habían empezado a soltar varias lágrimas que eran limpiadas por la mano del chico en un tacto suave.

-No eres un monstruo, Lucia. Eres una chica bellísima que seguramente ha sufrido mucho solo por ser quien eres, pero no lo merecías. Mereces ser feliz, y yo quiero hacerte feliz.-Al final de aquellas palabras por parte del pelinegro, el llanto llegó por parte de la rubia. El chico no tardó mucho más en rodear el cuerpo ajeno con sus brazos, llevando una de sus manos a su cabeza en pequeñas caricias en su pelo.

Aquel día marcó un antes y un después en Lucia. Fue entonces cuando decidió cortar su pelo para volver a tenerlo corto, que era como realmente le gustaba, y dejó de tratar de encajar con el perfil de una “verdadera chica” que habían puesto sobre ella. Comprendió que su miedo

había sido impuesto por aquellos que buscaban hundirla, y que ella simplemente debía ser ella. Volvió a vestir con pantalones y sudaderas sin miedo a no verse femenina, aunque eso no quitaba que seguía usando sus faldas y tops de normal porque también le gustaba como le quedaban. Empezó a trabajar en ella misma y a amarse tal y como era. A ratos esto le costaba más, y volvía a recaer, pensando todas aquellas cosas malas sobre sí misma, pero no había día en que Manuel no estuviera allí para acompañarla en su camino. Y le estaba muy agradecida por ello. Ambos habían empezado una relación, y no podía estar más feliz. Al principio pensó que todo lo que lograba estaba siendo gracias a él, y desarrolló una pequeña dependencia emocional, pero, con la ayuda del moreno, supo que él no la completaba como persona, si no que era una persona completa que decidía amar al contrario tal y como era. Entonces, ¿por qué no se amaría a ella misma? Ella también merecía amor, merecía amarse. Y así lo hizo, dejando atrás esos malos pensamientos y encontrando el amor propio por fin.